

‘LAUDATIO’ DE DON FRANCISCO MORALES NIEVA

Es una gran alegría para el Departamento de Filología Hispánica y Clásica, al que pertenezco, el que hoy se materialice su propuesta, acogida con entusiasmo por la Junta de Gobierno de la Universidad de Castilla-La Mancha, de conceder el doctorado Honoris Causa en Letras a don Francisco Morales Nieva. Una institución como la universidad está llamada a acoger en su seno a quienes, como él, contribuyen de un modo relevante, con su obra y su trabajo, a esa tarea tan esencial y difícil de explicar, mejorar y hacer más digna y verdadera la vida del ser humano. Tenemos que dar las gracias al señor Nieva por su generosidad al aceptar nuestra invitación para formar parte de nuestro claustro y servirnos con su presencia de modelo y guía.

En este caso, además, esta Universidad se siente especialmente dichosa porque a quien recibe es a alguien vinculado por nacimiento y biografía al espacio geográfico de una de las provincias de nuestra región. Es en Valdepeñas, ciudad en la que nació Francisco Nieva, donde despierta una vocación cuya posterior trayectoria conducirán a su autor a la creación de una de las obras artísticas más interesantes de nuestro tiempo.

La vida y la obra de quien hoy acogemos pueden perfectamente señalarse como ejemplo de lo que son una trayectoria biográfica y artística ejemplares, volcadas, a la vez, en mostrar y vindicar, desde planteamientos estéticos originalísimos, el irrenunciable derecho a la libertad. Esa vida dedicada al arte ha sido recompensada con algunos de los principales premios que nuestro país otorga, como el Nacional de Teatro o el Príncipe de Asturias de las Letras, así como con el reconocimiento que supuso su elección como miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua. Son premios a la obra literaria de un artista completo y de un auténtico humanista que se dio a conocer primero como pintor y más tarde como escenógrafo, labor por la que ha cosechado grandes éxitos y que fue la que ejerció en nuestro país en los años sesenta y setenta, tras su regreso de Francia e Italia, países en los que, como también en Austria y Alemania, había desarrollado una importante labor artística. El éxito teatral y literario llegaría mucho más tarde. Nieva no parecía tener prisa. Escribía desde niño y continuaba haciéndolo casi como una afición hasta que a la vuelta de Italia, los amigos a los que lee sus obras, amigos como Vicente Aleixandre, Claudio Rodríguez, Francisco Brines o Carlos Bousoño, lo animan a sacarlas a la luz. Nuestro autor tiene cuarenta y seis años cuando ve publicada su primera obra teatral y cincuenta cuando por fin una obra suya, *Sombra y quimera de Larra*, es llevada al escenario de un teatro comercial. Qué lejano este recorrido del de quienes buscan el éxito a cualquier costa; qué cercano del que traza Nietzsche en su *Más allá del bien y del mal*, para los “espíritus libres”, los que tienen su casa en “muchos países del espíritu” sin pertenecer a ninguno, espíritus que logran entrar donde “no le es fácil penetrar a nadie con la mirada”, para, así, tratar de hallar algo de la luz y la verdad que el ser humano necesita para paliar su precariedad y su evidente insuficiencia.

El camino del artista Francisco Nieva es ejemplar y puede ser señalado como modelo de quien se empeña en realizar la obra que cree que tiene que hacer, sin atender a otra cosa que a la voluntad de expresar de un determinado modo artístico una concreta manera de entender la vida. Si ésta-¿por qué no permitimos hoy esta imagen tan barroca?- es un escenario en el que cada hombre debe desempeñar un papel, el de Nieva bien puede ser nombrado como el del artista que defiende como su más alta posesión la verdad y la libertad de su arte. “No perdurará nadie sino por la menor cantidad de farsa que ha habido

en su vida”; son palabras de alguien muy cercano a Nieva, Ramón Gómez de la Serna, en su libro de memorias, *Automoribundia*. Bien, muy bien ha sabido el autor que hoy homenajeamos captar la certeza de esa hermosa frase, y bien ha sabido hacerla verdad en su vida de creador: es la verdad de quien escribe con pasión y por necesidad, ajeno a modas, libre de intereses, despreocupado del éxito inmediato, sabedor como la protagonista de *Coronada y el toro* de que llevaba “el corazón lleno de novedades” que habrían tarde o temprano que ser reconocidas. Lo fueron, y lo son, y habrán de serlo cada día más por la altura del mensaje ético que encierran y por la riqueza estética con la que nos son presentadas.

La palabra libertad es la clave de esta obra: la libertad desde la que el artista la concibe; la libertad tras la que hace correr a sus personajes; la libertad con la que formula estéticamente esa misma idea de libertad. Los personajes más emblemáticos del teatro y la narrativa de nuestro autor son hombres y mujeres jóvenes que abren sus ojos a la realidad y que desean conocerla en su totalidad y que, por tanto, se enfrentan a las mil fuerzas contradictorias que se debaten en su interior: la norma social, el concepto de culpa, el deseo y el miedo de conocer lo que la tentación promete. Un personaje como Cambicio en *El baile de los ardientes*, *Los españoles bajo tierra* o *El viaje a Pantaélica*, es símbolo de ese ser que lucha por hallarse a sí mismo, aunque ello suponga enfrentarse al peligro del misterio de lo desconocido. Con valentía y decisión, Nieva supo poner sobre el escenario de sus comedias y novelas seres que se adentran en el camino de una libertad absoluta, que no es concebida como paraíso sino como medio imprescindible para vivir. No hay más paraíso posible que éste en la obra de Nieva: el del ser humano libre en busca de sí.

Como nota peculiarísima de este teatro ha sido señalada en muchas ocasiones la presencia de la risa. El héroe de la literatura de Nieva –desde *Es bueno no tener cabeza* a *Oceánida*– es un ser en alguna medida trágico, pues no desconoce su terrible sino de ser mortal, ni la tristeza de su incapacidad para vivir de un modo pleno la felicidad a la que aspira. Ahí es donde, a través de la anécdota concreta y de la palabra, la obra de Nieva nos dice –son sus propias palabras– que “el humor es una dimensión más de la tragedia”; el humor –añade– pone sobre la realidad un gallardete que la ultima como totalmente irresoluble. Lo cual hace que dejemos de llorar, gozar, matar o crear para ponernos a reír”.

Ni en sus obras más serias está ausente esa capacidad para la risa; ni siquiera en obras como *La señora Tártara* o la adaptación de *Tirante el Blanco*, centradas en la atracción de la muerte como ente desconocido, ni siquiera en ellas deja de haber lugar para ese gallardete que nos distancia de nosotros mismos y de lo que somos y de la gravedad con la que con frecuencia nos miramos; y nos hace reír y vernos desde esa mirada salvadora de la risa. La risa es pues, en esta obra, señal de inteligencia, pero también lo es de compasión: La inteligencia ha conducido a nuestro autor a poner en tela de juicio cada uno de los dogmas morales o sociales; la compasión lo ha llevado a hacerlo sin rabia y sin voluntad alguna de juzgar, desde la posición de quien está inevitablemente con todos los demás en este mundo, desorientado y confuso, pero también lleno de deseos y lleno de esperanza en medio de una vida concebida –son palabras del propio Nieva– como “un deshonor florido”.

La formulación literaria de este conjunto de ideas se ha poblado de personajes que singularizan este teatro y esta novela: el joven héroe, el constrictor, el personaje doble, la madre cenagosa. Constituyen un mundo tan abigarrado y complejo como el de El Bosco o Goya, pleno de sugerencias y de color, habitado por el capricho y la sorpresa. El lector o el espectador de las comedias y novelas de Nieva está invitado a un viaje que lo conduce a un

reino en el que la lógica y la razón han dejado paso a la magia y al irracionalismo a través de una imaginación tan incontenible y rica como singular y sugerente.

Pero quizá nada de lo que hasta ahora se haya dicho tendría la grandeza que esta obra contiene sin el lenguaje con el que Nieva nos ha ofrecido esa visión del mundo y ese universo literario. El lenguaje del que Nieva se vale, ya sea en alguna de sus novelas o en las vertientes del más desestructurado “Teatro furioso” o del más narrativo “Teatro de farsa y calamidad”, es un lenguaje que el autor maneja a su antojo a través de la distorsión fonética, sintáctica y semántica. La raigambre vanguardista del teatro de Nieva es indudable y no sólo se manifiesta en las novedades dramáticas del mismo, sino también en ese lenguaje en el que se dan cita hallazgos de tipo surrealista o postista. Pero, a la vez, es notorio que en ese terreno Nieva transita por un camino mucho más antiguo, el de lo grotesco, que tan altas cimas literarias dio a la literatura española en una época como el Barroco. A su lado, el sabor inequívoco del teatro popular y el teatro menor, el gracejo sainetil de Ramón de la Cruz o de Carlos Arniches. Como en toda gran obra literaria, detrás de la evidente originalidad, se levanta y se hace clara la tradición en la que se asienta y sobre la que el poder creativo del autor ha crecido, consiguiéndola hacer nueva. Carlos Bousoño lo expresó con propiedad en la contestación al discurso de ingreso de Francisco Nieva en la Real Academia Española: “El lenguaje, y, sobre todo, el lenguaje popular hablado por algunos personajes de Valle-Inclán no es verdadero sino verosímil. Nieva, en cierta proporción, sale también de ahí y se convierte, por su parte, en creador, originalísimo, de un idioma popular que, siendo supremamente verosímil, está inventado de raíz”. Esta sensación de novedad que recorre al lector durante la lectura o visión de las obras de Nieva –ya sean narrativas o teatrales-, es uno de los grandes logros de su literatura y algo por lo que sin duda está llamado a perdurar más allá de modas y momentos. Quizá es así porque ese lenguaje, como su obra entera, surge desde la necesidad, desde un pujante ímpetu creador que bien podría ser ejemplificado con unas palabras de la protagonista de *Coronada y el toro*: “Y la lengua se me escapa y se me vuelve serpentina...Y las palabras me salen como titiriteras desnudas que blasfeman en el columpio”. La sorpresa, el juego y el afán de ser grito que libere, están siempre detrás de las ideas de esta literatura y detrás del lenguaje que las nombran.

Apareció antes la palabra “necesidad”; debería haberlo hecho otra más ajustada, la palabra “vocación”, la que desde niño sintió Francisco Nieva por el arte y fundamentalmente por el teatro. No quiero dejar de pronunciar aquí las bellas palabras con las que Nieva abrió un artículo publicado en 1994 y titulado “Mi pequeño teatro”; dicen así:

“Soy escritor, dramaturgo y director de teatro, oficios que he deseado hacer desde chico, pues recuerdo bien que, cuando llegaba la hora de acostarse, me dormía contándome a mí mismo las historias más ilusionantes, y entre ellas estaba la de tener un teatro a mi disposición en una ciudad pequeña, sin otro local de divertimento que aquel. Mi teatro, que yo dirigía y escenografiaba y para el que escribía comedias preciosas, que hacía reír y emocionarse a ‘mi público’. Un público de niño –no de niños-, un público chiquitín”.

Cuenta un poco después que cuando el gran escritor Ionesco lo visitó en su estudio de Madrid, le mostró uno de esos teatros de niños y estuvieron jugando un rato con él. En

ese momento se unía el sueño de ese niño de Valdepeñas, atento a su universo interior y al lenguaje de su tierra -que, después, distorsionado, llevará a sus comedias-, y el joven cosmopolita que, abierto al mundo y buscador de nuevas formas, se traslada a París con poco más de veinte años para vivir una vida más ancha que la que le permitía la España franquista. Resulta emocionante pensar en ese momento en el que dos de los más importantes hombres de teatro del siglo XX, reunidos en el estudio de uno de ellos, juegan con un teatro de niños. Resulta emocionante no porque pudiera pensarse que esos dos hombres retornaban por un momento a su infancia, sino, bien al contrario, porque nos hace sentir que han sido capaces de llevar a buen puerto el sueño que forjaron cuando niños.

Algo de esa verdad primera hay en la obra de Francisco Nieva, que se adentra sin miedo en los abismos del corazón del hombre para comprenderlo entero y restaurar en él algo de esa luz de infancia concebida como libertad y sueño, palabras las dos que podrían definir la obra de este hombre de letras completo y que tan necesarias son siempre y especialmente en tiempos convulsos como los nuestros.

Y, POR LO EXPUESTO, SOLICITO SE PROCEDA A INVESTIR AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO MORALES NIEVA CON EL GRADO DE DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA.

Jesús Barraón